

NOTAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

Artículos

EL ORDEN COMO DOGMA EN LA REPÚBLICA CHILENA

ORDER AS DOGMA IN THE CHILEAN REPUBLIC

Mauricio Lorca

Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Educación – Dpto. de Enfermería, Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad de Atacama

mauricio.lorca@uda.cl

Víctor Brangier

Centro de Estudios Históricos. Universidad Bernardo O'Higgins

victor.brangier@ubo.cl

Recibido el 20 de septiembre de 2019

Aceptado el 21 de diciembre de 2019

RESUMEN

El artículo discute la profundidad y la continuidad del orden como fundamento cierto y principio innegable de la historia republicana nacional. Para eso se recurre a dos momentos: la construcción de un “Estado en forma” que, en la década de 1830, emprendió el ministro Diego Portales y la dictadura pinochetista (1973-1990), que refundó económica y socialmente al país sobre una plataforma ideológica en la que la figura de Portales fue usada como sinónimo de orden, rigor y estabilidad.

Palabras claves: Estado – orden - Diego Portales - Augusto Pinochet.

ABSTRACT

The article discusses the depth and continuity of order as a certain foundation and undeniable principle of national republican history. In order to do so, two moments are analysed: the construction of a State in Form, undertaken by Minister Diego Portales during the 1830s, and the Pinochet dictatorship (1973-1990), that economically and socially refounded the country on an ideological platform in which the figure of Portales was used as synonym of order, rigour and stability

Keywords: State – order - Diego Portales - Augusto Pinochet.

Para citar este artículo:

Lorca, Mauricio & Brangier, Víctor. “El orden como dogma en la República chilena”. *Revista Notas Históricas y Geográficas*, 23, julio -diciembre, 2019: pp. 216 - 234

1. INTRODUCCIÓN

El punto de partida de este documento es intentar comprender el consenso existente por parte importante de la historiografía chilena en concebir el orden como fundamento básico del ser nacional. Para ello se recurre a dos momentos de la historia chilena: la construcción de un “Estado en forma” que lideró el ministro Diego Portales durante la década de 1830 y los recursos simbólicos a los que recurrió la dictadura pinochetista para legitimarse a partir de 1973. Desde esa mirada, el desorden no sería más que una excepción dentro de un escenario marcado por la temprana consolidación institucional del país, que implicó la estructuración de la sociedad sobre fuertes relaciones de autoridad. Estas obedecerían a categorías premodernas y paternalistas de raigambre oligárquica sobre las que se erigiría “un complejo sistema de dominio, subordinación y exclusión”.¹

De ahí que tanto los siglos XIX como XX coincidan en un aspecto crucial: la inhabilidad y la aparente falta de voluntad de la elite chilena para permitir y consolidar una sociedad civil. En efecto, para José Bengoa, “en Chile no se constituyó nunca, ni se ha constituido una ‘cultura ciudadana’. En este país, la cultura se desarrolla en la ciudad, pero intenta, con una fuerte carga de nostalgia y añoranza, reproducir un pasado mítico rural, que muchas veces incluso nunca existió. Es un pasado imaginario”.²

Aquí la importancia de la construcción de la “leyenda” que se configuró alrededor de Diego Portales –figura de la historia política nacional³– como aquel que

¹ José Bengoa, *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: Los desafíos de la modernización en Chile* (Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1996), 85.

² Bengoa, *La comunidad perdida*, 58.

³ En efecto, como señala Arellano, Portales en el siglo XIX “simboliza una “reacción colonial” (Lastarria, 1973: 39) y también se le han atribuido características de “genio” (Vicuña, 1974: 451)²; en la primera mitad del siglo veinte algunas interpretaciones le atribuyen el carácter de instaurador de “el Estado en forma” (Edwards, 1945: 69) o “régimen portaliano” (Encina, 1964: 198); más tarde, en la década de los ochenta, se le acusa de ser una falsificación histórica definiéndolo como un “déspota

construyó el camino del orden virtuoso que ha primado en la esencia del Estado chileno hasta nuestros días. El historiador Gabriel Salazar ha desdeñado ese relato denunciando que es una construcción dirigida a la auto legitimación de la elite y a restarle a las clases populares “autonomía social, productiva y política, en la idea de convertirlos en dóciles instrumentos”.⁴ ¿En qué contexto surgió ese mito? ¿Cuáles son las características históricas del régimen portaliano que propiciaron la proyección de un imaginario de orden y templanza en Chile? ¿Se ha reforzado? ¿Por qué la dictadura pinochetista adoptó la figura de Portales dentro de sus principales símbolos? Esas son parte de las interrogantes a las que este artículo espera contribuir.

2. REPRESENTACIÓN SOCIAL Y AUTORITARISMO EN LA GÉNESIS DEL ESTADO CHILENO

La Independencia emerge en un contexto marcado por el iluminismo dieciochesco y un protonacionalismo que llegó a respaldar la autoafirmación y las motivaciones de autonomía local, pero que, en un primer momento, continuó siendo fiel a la matriz institucional de la Colonia. Vale decir, los eventos que tuvieron lugar en el país entre 1810 y 1814 no alteraron mayormente la estructura social y política de una elite fuertemente cohesionada mediante vínculos, alianzas y compromisos sociales y económicos destinados a mantener y acrecentar su poder.⁵

En otras palabras, la elite dirigente fue lo suficientemente pragmática como para apropiarse del modelo político más revolucionario del siglo XIX: el liberalismo republicano. Este no representaba un riesgo para su poder tradicional, sino, más

ilustrado” (Villalobos, 1989: 32); o también como un dictador que resolvió un problema de “autoridad” (Jocelyn-Holt, 1999: 133). Juan Carlos Arellano, “La invención del mito de Diego de Portales: La muerte y el rito fúnebre en la tradición republicana chilena”, *Atenea* 503 (1 semestre, 2011): 147-63, 148.

⁴ Gabriel Salazar, *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, Siglo XIX)* (Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2009), 10-1, en Julio Pinto, “¿La tendencia de la masa al reposo? El régimen portaliano enfrenta al mundo plebeyo, 1830-1851”, *Historia* 44 (vol. 2, 2011): 401-442.

⁵ Eduardo Cavieres, “Aspectos materiales y sentimentales de la familia tradicional colonial. Aproximaciones a su estudio”, en *Familia, matrimonio y mestizaje en Chile colonial* (Santiago de Chile: Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1990), 51-73, 58.

bien, una herramienta para lograr el equilibrio entre cambio y tradición mediante la unión de un discurso tradicional y otro moderno. Es decir, el liberalismo “era un lenguaje abierto que aseguraba una evolución y progreso pacífico y controlado”.⁶

Esto impuso a la elite nacional la necesidad de diseñar y ejecutar un instrumental simbólico dirigido a construir una comunidad imaginada que le legitimara políticamente. Es decir, la Independencia significó para la elite la obligación de explicar y justificar el orden político y social que administraba. Se trataba de revestir de legitimidad republicana el orden que ya operaba. La autoridad no se perdía, se ajustaba adoptando una ideología política basada en la razón, la virtud, la persuasión y el derecho.

La virtud opera entonces como el principio general que sustenta todo gobierno, esto significa que el naciente Estado empezó a obrar más como proyecto que como operador. El republicanismo proporciona el marco y el medio que permitiría llegar a un estado superior de civilización: el de libertad. Por consiguiente, la elite debía reconfigurarse de acuerdo con un nuevo marco semiótico que le permitiera proyectar esa virtud públicamente. Era preciso auto reconocerse para autogobernarse. De ahí, por ejemplo, la importancia del pintor peruano José Gil de Castro como el encargado de elaborar una nueva cultura visual y, con ello, construir simbólicamente a la elite que asumiría las riendas del nuevo Estado. Eso por medio de los retratos en los que pintó, entre 1817 y 1825, a los héroes y la aristocracia chilena.⁷ Es decir, la legitimación de las nuevas autoridades habría sido algo imperioso en la época inmediata a la Independencia; enseguida y mediante eso, se levantaría un Estado capaz de modelar lo popular por medio de sentimientos como el nacionalismo, el patriotismo y la fe.⁸

La elite entonces puede concebirse como un ente transformable que puede devenir en ser político pero sin convertirse en mero liderazgo estatal o administrativo. En ese orden de significación el legado ideológico de la Revolución francesa es clave. Pues el liberalismo sirvió “como orden de legitimación, como falsa

⁶ Alfredo Jocelyn-Holt, “Liberalismo y modernidad. Ideología y simbolismo en Chile decimonónico: Un marco teórico”, en *La revolución francesa y Chile* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1990), 303-33, 328.

⁷ Natalia Majluf, “En busca de José Gil de Castro. Rastros de una (auto)biografía. En José Gil de Castro. *Pintor de libertadores* (Santiago de Chile: Museo Nacional de Bellas Artes, 2015).

⁸ Julio Pinto, “¿La tendencia de la masa al reposo?”

conciencia, como mistificación, ordenación y construcción simbólica de la realidad y todo esto enfocado especialmente desde una perspectiva estructural interna”.⁹ Por eso, es conveniente percibir el vínculo entre el liberalismo criollo y el europeo más como una identidad formal que sustancial.

El discurso liberal permitió a la oligarquía tradicional maximizar su poder. Esencialmente, porque se le restó el potencial revolucionario, aplicándolo de forma dúctil. Es decir, neutralizando el igualitarismo, la insurrección y el racionalismo que caracterizaron el caso francés. En otras palabras, “hubo un cambio en la forma y no en el fondo” y el fondo sería un orden social de carácter fáctico que se mantendría gracias al autoritarismo social.¹⁰ Sin embargo, ese orden social sería para la elite un orden incompleto, el orden completo sería el liberal ilustrado.

En tal sentido, para Diego Portales, figura señera en la organización del “Estado en forma”, era justamente el orden señorial y jerárquico el que gobernaba el país pues sería “la elite, y con ella el orden tradicional, y no el Estado administrativo, la principal fuerza política a la vez que la principal fuente de estabilidad social”.¹¹ En palabras de Portales, “el orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche, y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos: la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública”.¹² Ese “peso de la noche” es el que sostendría el orden social tradicional y existiría porque, al fin y al cabo, el orden liberal no operaría.

El cisma que significó para el orden el cambio de régimen implicó un contrasentido para la elite, pues emancipó a la población debido a la afectación que sufrió el sistema represivo policial local. Esto obstaculizó “el despliegue productivo mercantil capitalista [ya que el bajo pueblo] no se mostró dispuesto a proletarizarse

⁹ Alfredo Jocelyn-Holt, “Liberalismo y modernidad. Ideología y simbolismo en Chile decimonónico: Un marco teórico”, en *La revolución francesa y Chile* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1990), 303-33, 320.

¹⁰ Alfredo Jocelyn-Holt, *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito* (Santiago de Chile: Editorial Planeta, 1992).

¹¹ Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (Santiago de Chile: Editorial Planeta, 1997), 29.

¹² Carta de Diego Portales dirigida a Joaquín Tocornal con fecha 16 de julio 1832, en *La ‘cuestión social’ en Chile, ideas y debates precursores (1804-1902)* (Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1997), 58.

y a someterse a la lógica del capital”.¹³ Esto generó una reacción de parte de la elite orientada a controlar y disciplinar al pueblo por medio de “políticas plebeyas” dirigidas a modelar y desarrollar su proyecto político.¹⁴

Para María Angélica Illanes, implícita pero probablemente no de forma intencionada, “el régimen portaliano se configuró como el modelo de orden autoritario para la consolidación capitalista. La fuerza de la autoridad militar y la ley se pondrían plenamente al servicio de la lógica patronal como fundamento del orden social en tanto sometimiento y proletarización”.¹⁵

En efecto, el ministro Portales habría apostado entonces a un autoritarismo social más que a uno de carácter estatal, aunque sin desconocer el poder del Estado. Para ello, y para poner en forma al Estado nacional como ente fuerte y centralizado, influyó en la redacción de la Constitución de 1833. Amparado en ese cuerpo legal – cuyo lema fue “Libertad dentro del orden”–, Portales se encargó de “restablecer el orden trastornado a través de los 23 años transcurridos durante el período de la emancipación y los primeros de vida republicana”.¹⁶ Esto implicó la puesta en marcha de salvaguardas relacionadas a la naturaleza abierta del discurso y la exclusión electoral que se encargarían de dejar las cosas como estaban. La preocupación era lograr gobiernos estables, amparados constitucionalmente y que contaran con el apoyo del orden establecido.

Asimismo, el régimen portaliano exalta al individuo virtuoso y castiga al libertino. Portales se encarga de proteger a la sociedad echando mano a los mecanismos de fuerza que el Estado le proporciona. Esto es mediante la promulgación de leyes orientadas a crear un régimen que debe fundarse en la virtud, la laboriosidad y la disciplina. El ministro procede de acuerdo a la idea de que las leyes pueden cambiar las costumbres y, con ello, la sociedad. Esas leyes implicaron,

¹³ María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817 – 1850)”, *Proposiciones* 19 (1990): 90-122, 94 y 96.

¹⁴ Julio Pinto, *El orden y el bajo pueblo. Los regímenes de Portales y Rosas frente al mundo popular, 1829-1852* (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2015), 200; Víctor Brangier, “¿Bandidaje o antagonismos interpersonales?: Usos sociales de la administración local de justicia criminal en Chile. El caso de Linares, 1804-1871”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 16 (1) (2012): 51-80.

¹⁵ María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley”, 102.

¹⁶ Diego Miranda, *Un siglo de evolución policial de Portales a Ibáñez* (Santiago de Chile: Departamento de Estudios Históricos, Instituto Superior de Ciencias Policiales, Carabineros de Chile, 1997), 86.

por ejemplo, la creación de una Guardia Nacional que se encargase de mantener el “control militar, político y social” por medio de la vigilancia y el escarmiento de los delitos sin excepción.¹⁷ La justicia debe aplicarse sin distinciones y de forma equitativa a todos por igual.

El pensamiento de Portales implicaría continuidad, pero también cambio. Esto porque articularía la construcción de un Estado administrado por un poder enmarcado y legitimado por la tradición con la aparición de sujetos que, como él, llegaron a competir los privilegios de la elite. Primero, exigiendo participación y, luego, incluso exclusividad. Esa disputa se resolvería mediante la cooptación de esos nuevos actores, por ejemplo, haciendo que “muchos de los primeros empresarios no agrarios se ‘agrarizaran’ apenas lograron enriquecerse”.¹⁸

En resumen, la elite que asumió el gobierno del nuevo Estado evolucionó desde un ente esencialmente social a otro político. En primer lugar, adueñándose del afán modernizador y disciplinario de las reformas borbónicas, viéndolas fundamentalmente como modificaciones político-institucionales. Luego, ya en el escenario posindependentista, apropiándose de la ideología liberal republicana, adoptando una apariencia iluminista y progresista que, remitida solo al circuito del poder, fue sobredimensionada respecto la mayoría de la población.

3. LA PROLETARIZACIÓN COMO MÉTODO DE DISCIPLINAMIENTO

Tanto antes como después de 1810, los sectores populares continuaron siendo predominantes y, a pesar de que la elite adscribió a un proyecto liberal, siguieron siendo marginados y excluidos por los círculos ilustrados. La mayor parte de la sociedad siguió reproduciéndose al interior de familias rurales que, en términos sociales, continuaron replicando el orden y la preponderancia de la elite tradicional.¹⁹ Sin embargo, ese mundo permaneció más bien indiferente a los sucesos independentistas, especialmente respecto a la indisposición de los primeros a

¹⁷ Julio Pinto, “¿La tendencia de la masa al reposo?”, 411.

¹⁸ José Bengoa, *La comunidad perdida*, 38.

¹⁹ Eduardo Cavieres y René Salinas, *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional* (Valparaíso: Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso, 1990), 51.

participar en la guerra, creándose una relación conflictiva entre estos y la elite.²⁰ Seguramente porque intuían que los beneficios de la Independencia no eran para ellos, sí el control y la disciplina.

En efecto, para Fernández, “el concepto de pueblo representó [...] una multitud de significados emparentados mucho más con la interpretación que los distintos emisores (coloniales o republicanos, patriotas, conservadores y liberales) querían transmitir, que con la experiencia efectiva de aquellos a los que [...] una y otra vez se proponía representar”. Así, durante el centralismo conservador el Estado fue presentado como el “verdadero padre del pueblo” entendiéndolo desde una mirada que mezclaba el “énfasis en el orden y el peso de la tradición de obediencia [con] los deberes de corte regenerador dirigidos por el gobierno”.²¹

Así, para lograr imponer un ‘orden en forma’, aquel asociado al republicanismo liberal, debía disciplinarse el ‘desorden implícito’, sometiéndolo para transformarle en mano de obra. De hecho, para María Angélica Illanes, “a partir de 1834, el régimen portaliano se configuró como el modelo de orden autoritario para la consolidación capitalista”, efectos que pudieron apreciarse, especialmente, en las relaciones laborales del sector minero de la época. Por ejemplo, en el mineral de Chañarillo que, descubierto en 1832, había pasado a la vanguardia capitalista y, por ende, llevaba la delantera del disciplinamiento y proletarización de sus trabajadores. En tal sentido, la misma autora entiende el período posindependentista como una “segunda fase de la conquista, etapa altamente conflictiva, cuando los sometidos entran en estado de rebeldía a su total proletarización”.²² De ahí que el ministro Portales proponga en 1837 que “palo y bizcochuelo, justa y oportunamente administrados, son los específicos con que se cura cualquier pueblo, por inveteradas que sean sus malas costumbres”.²³

²⁰ Leonardo León, “Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo chilenos en la Guerra de la Independencia, 1810-1814”, *Historia* 35 (2002): 251-97.

²¹ Marcos Fernández, “La mano del plebeyo levantada, es la montaña que se despeña: La conceptualización del pueblo en tiempos de transformación. Chile, 1750-1850”, *Historia* N° 42 (enero-junio 2009), 109-139, 110 y 128.

²² María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley”, 90.

²³ El documento es la carta conocida como Palo y bizcochuelo escrita por Portales a Fernando Urizar el 1 de abril de 1837, en *La ‘cuestión social’ en Chile*, 61.

La internalización de la utilidad productiva de ese pueblo se efectuó, entre otros medios, mediante la fuerza y la prohibición de tradiciones ‘premodernas’ en las que se sumían los denominados “malentretidos” y “malévolos”.²⁴ De ese modo, fueron proscritas las chinganas, pues eran lugares “donde se vivía la libertad del placer: la música, el baile, el aguardiente, la risotada y los garabatos. Donde estaba la vida: el cuerpo y la palabra libres”.²⁵

Como han propuesto Pinto y Valdivia,²⁶ el orden cultural que se aspiraba imponer significaba una especie de “revolución cultural” que suponía la introyección de la obediencia y el control de las conductas en pos de lograr un pueblo patriota, obediente, creyente, devoto, instruido y laborioso. Dicho de otra forma, era preciso reemplazar la ligereza, la dilapidación y el desgobierno por la compostura, la frugalidad y el orden.

De ahí la importancia de la creación de la Guardia Nacional por Portales la que, además de labores de disciplinamiento, fue vista como una herramienta para instalar el patriotismo y la lealtad a la patria como agentes modeladores de ciudadanos-soldados. De ese modo, “la milicia asumió el rol de institución formadora de ciudadanos y difusora de la idea de nación en los sectores populares”.²⁷

No obstante, esa idea “parece no haber calado muy hondo en este sector social [el popular] y la concesión de la ciudadanía no habría valido las molestias y penurias del enrolamiento y los ejercicios doctrinales”.²⁸ De ahí que sujetos populares como el ‘roto’ o el ‘lacho’ representarían “todas las conductas condenables que los grupos dirigentes de la sociedad regional podían atribuir a los transgresores de las normas morales que querían imponer a esa sociedad”.²⁹ Efectivamente, son sujetos que se enmarcan en los cánones de pícaros, errantes y conquistadores, individuos difíciles de arraigar afectiva y físicamente: “hombres-padres-ausentes”,

²⁴ Alejandra Araya, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1999).

²⁵ María Angélica Illanes “Azote, salario y ley”, 98 y 99.

²⁶ Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación, 1810-1840* (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2009).

²⁷ Joaquín Fernández, “Los orígenes de la Guardia Nacional y la construcción del ciudadano-soldado (Chile 1823-1833)” *Mapocho* 56 (2004): 313-27, 313.

²⁸ Joaquín Fernández, “Los orígenes de la Guardia Nacional...”, 321.

²⁹ Jorge Pinto, “Ser hombre en el Norte Chico. El testimonio de un historiador”, en *Diálogos sobre el género masculino en Chile* (Santiago de Chile: Bravo y Allende editores, 1996), 83-96, 84.

lejanos, que la mujer ni la prole lograron afianzar. El resultado fue una organización familiar endeble que reprodujo las falencias sociales y afectivas como la ilegitimidad y el abandono de niños, dando por resultado prácticas como el guachaje y la eliminación de hijos.³⁰

De ahí que, para Portales, el orden social se mantenga por el peso de la noche. En tal sentido, “el desorden de la peonada, que para los empresarios significaba la incapacidad de imponer las reglas del juego del capital”³¹, también significó la emergencia de fenómenos como el bandidaje que, para algunos autores, representaría una de “las formas organizacionales más radicales que se dieron en los sectores del campesinado para expresar formas de descontento y rebeldía que estallaron en un momento de crisis societal, como fue la ruptura del orden colonial”.³²

Si esa mirada es correcta, seguramente, esas manifestaciones no respondieron a un proyecto político establecido racionalmente, sino a la configuración de “un nuevo sujeto histórico” que emerge del momento en que el orden jerárquico del régimen colonial se debilita y cuando la nueva república construye el propio. Así, entre cambios y continuidades, se proyecta la existencia de un mundo aparte, mayoritario, incompatible y probablemente antagónico, pero sin proyecto político, a un ‘orden en forma’ dirigido a la producción de riqueza.

4. LA CONSTRUCCION DE LA MODERNIDAD CAPITALISTA

La imposición del orden y la disciplina ha sido una constante a lo largo de la historia nacional, la relación entre elite y bajo pueblo reenvía a una historia de intentos que procuran la dominación de los primeros respecto de los segundos mediante la razón pero, principalmente, por la fuerza. El fundamento estaría en el convencimiento por parte de la elite de que su proyecto es el único posible y que la violencia es legítima como herramienta de control.

³⁰ Gabriel Salazar, “Ser niño huacho en la historia de Chile”, *Proposiciones* 19 (1990): 55-83.

René Salinas y Manuel Delgado, “Los hijos del vicio y del pecado. La mortalidad de los niños abandonados (1750 - 1930)”, *Proposiciones* 19 (1990): 44-54, 47.

³¹ María Angélica Illanes, “Azote, salario y ley”, 117.

³² Ana María Contador, *Los Pincheira: Un caso de bandidaje social, Chile 1817-1832* (Santiago de Chile: Bravo y Allende editores, 1998), 57.

De esa forma, ante intentos de autonomía, insubordinación o tentativas de configuración de proyectos de sociedad alternos por parte de la sociedad civil, la elite percibe en riesgo la armonía y pone en acción la represión. La huelga de los estibadores de Valparaíso de 1903; la lucha del pueblo contra el impuesto al ganado argentino o la Semana Roja de 1905; la huelga de los obreros de los puertos de embarque de la pampa salitrera de 1906; la matanza de la escuela Santa María de Iquique de 1907; la toma de Puerto Natales de 1919; la matanza de la Federación de Estudiantes de Chile de 1920; el incendio de la Federación Obrera de Chile de Magallanes en 1920; la matanza de la oficina salitrera San Gregorio en 1921; las matanzas de las oficinas salitreras Marusia y La Coruña en 1925; la Revolución de la Escuadra en Coquimbo y Talcahuano en 1931; las matanzas de Alto Biobío, Nitratúe, Ranquil y Lonquimay en 1934; la matanza del Seguro Obrero en 1938; la matanza de plaza Bulnes en 1946; la Ley de Defensa de la Democracia o Ley de Facultades Extraordinarias que actuó entre 1947 y 1952, etc., son algunos ejemplos ocurridos durante la primera mitad del siglo pasado que confirman esa apreciación.

Sin embargo, a partir de mediados del siglo XX, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo y el país enfrentaron cambios geopolíticos como la independencia de antiguas colonias en Asia y África, la Revolución cubana y el inicio de la Guerra Fría. Pero también la extensión de los derechos humanos y la aparición de nociones –como desarrollo y subdesarrollo, Tercer Mundo y otras– que permiten comprender esas transformaciones.³³

De acuerdo a Alfredo Jocelyn-Holt, la sociedad chilena de los años de 1950 se complejiza, cambia en números y cualitativamente, el padrón electoral crece y las lógicas electorales se transforman, haciendo que los partidos políticos tradicionales de otrora tiendan a desaparecer y ser reemplazados. La década de 1960 es sinónimo de transformaciones sociales que, lideradas por movimientos sociales populares y fuerzas revolucionarias, impulsan cambios estructurales. Esa convicción se radicaliza durante el gobierno de la Unidad Popular, que significa el acceso al poder de los

³³ Mauricio Lorca y Fabien van Geert, “Aceptar y legitimar la diversidad cultural. La renovación del guion de la exhibición permanente del Museo Histórico Nacional de Chile”, en Memoria patrimonio y ciudadanías (Editorial América en Movimiento y Universidad de Playa Ancha: Valparaíso, 2019).

marginados: “con Allende en La Moneda se termina lo que quedaba del siglo pasado en el país”.³⁴

De ahí que la interrupción del proceso democrático de 1973 encabezado por Augusto Pinochet bajo los móviles de la crisis del orden, la defensa de la democracia y la libertad y la lucha contra el marxismo internacional, suponga la puesta en marcha de un proceso castigador, restaurador, pero, sobre todo a partir de 1976, revolucionario. La dictadura supone la refundación económica y social del país mediante la imposición de un nuevo modelo, el neoliberal, y la integración de la economía nacional al capitalismo avanzado. Chile se transforma en laboratorio.

Así, para encontrar fundamento teórico y legitimidad, la dictadura rescata la figura y la acción política de Portales proponiendo a Pinochet como su heredero. Pinochet se vale de la figura de Portales para conferir legitimidad al golpe de Estado y proporcionarle sustento ideológico, proponiendo una continuidad histórica entre el autoritarismo y el nacionalismo de Portales y el régimen militar. La dictadura rescata y reactualiza la figura de Portales como sinónimo de orden y autoridad para justificar una autoridad presidencial fuerte y despótica.

El decreto n.º 527 de junio de 1974 designa a Pinochet jefe supremo de la nación para, luego, en diciembre nombrarle presidente de la república. A partir de entonces, se instala un régimen autocrático caracterizado por una “fuerte personalización del poder alrededor de su líder”. Ese liderazgo fue ratificado por el plebiscito que en 1978 consolidó a Pinochet como símbolo del régimen, cuestión refrendada por la Constitución de 1980 que le designó presidente por otros ocho años y, luego, por el Plebiscito de 1988 del que emergió como candidato único.³⁵

En paralelo, la dictadura ejecutó un “proceso de limpieza cultural” dirigido a instalar discursos desde la imagen con el propósito de “promover un estilo de vida que [...] conduzca al ‘deber ser nacional’”.³⁶ Esos discursos y acciones apuntaron al desmantelamiento de las representaciones simbólicas asociadas a la Unidad Popular y a la restauración de lo que entendía la dictadura como el patrimonio cultural y el

³⁴ Alfredo Jocelyn- Holt, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar* (Santiago de Chile: Editorial Planeta, 1998), 120.

³⁵ Verónica Valdivia, “Construction du pouvoir et régime militaire sous Augusto Pinochet” *Vingtième Siècle. Revue d'histoire* 105 (janvier-mars 2010): 93-107, 93 y 102.

³⁶ Fernando Carreño, “La dictadura de Pinochet como proceso estético-político y su devenir democrático”, *Revista Enfoques* 24 (vol. XIV, 2016): 253-266, 254.

ser chileno. Ese “golpe estético” del que nos habla Luis Hernán Errázuriz tuvo por objetivo dar una imagen disciplinada, ordenada y estable al país.³⁷

En consecuencia, “el régimen militar impulsó a través de sus prácticas actos simbólicos tendientes, por una parte, a significar el dominio y el ejercicio del poder y, por otra, a erradicar las ideas y prácticas del gobierno destituido”.³⁸ Así, procedió a modificar y reapropiarse de escenarios emblemáticos, como el actual Centro Gabriela Mistral, GAM. El edificio fue construido en tan solo 275 días para albergar la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas, la UNCTAD III, siendo inaugurado solo 10 días antes de la realización de esa reunión, el 3 de abril de 1972. A partir de ese momento, se convirtió en símbolo y orgullo del proceso encabezado por Allende, en tanto “reflejo de espíritu de trabajo, la capacidad creadora y el esfuerzo del pueblo de Chile, representado por los obreros, técnicos, artistas y profesionales que se vieron involucrados en su desarrollo”. Una vez efectuada la Conferencia que motivó su construcción, el edificio pasó a la administración del Ministerio de Educación para convertirse en “referente artístico y cultural como un punto de encuentro” de los ciudadanos, adoptando el nombre de Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral.³⁹

Desde octubre de 1973, debido al estado en que quedó La Moneda después de ser bombardeada, el edificio pasó a ser la sede central de la Junta de Gobierno Militar. El 14 de diciembre de 1973, mediante el decreto ley n.º 190, se procedió a rebautizar la construcción como Edificio Diego Portales con “el propósito de dar a este complejo un nombre que simbolice e interprete fielmente el carácter del nuevo Gobierno”.⁴⁰ A partir de ese momento, además de ser el centro de operaciones de la dictadura, el inmueble se transformó en el escenario principal de sus actos oficiales hasta 1981, cuando el poder ejecutivo encarnado por Pinochet retornó a La Moneda.

³⁷ Luis Hernán Errázuriz, “Dictadura militar en Chile. Antecedentes del golpe estético-cultural”, *Latin American Research Review* 2 (Vol. 44, 2009): 136-157), 142.

³⁸ Luis Hernán Errázuriz, “Dictadura militar en Chile”, 137.

³⁹ Gam, Centro de las artes, la cultura y las personas, “Historia”, <https://www.gam.cl/somos/historia/> (consultada el 7 de noviembre de 2019).

⁴⁰ Matías Alvarado, “El acto de Chacarillas de 1977. A 40 años de un ritual decisivo para la dictadura cívico-militar chilena”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea] (2018), <http://journals.openedition.org/nuevomundo/71900> (consultada el 7 de noviembre de 2019).

Sin embargo, el edificio Diego Portales continuó siendo la sede de la Junta Militar que actuaba como poder legislativo.

Con la recuperación de la democracia el edificio se transformó en sede de encuentros y congresos. El año 2010, después de que cuatro años antes un incendio destruyera el cuarenta por ciento del inmueble, este fue reabierto como Centro Gabriela Mistral, respetando el “sentido original del espacio” y recuperando el nombre y la misión que se le había encomendado después de servir para la UNCTAD III.⁴¹

Figura 1: Edificio UNCTAD III o Diego Portales (ca. 1972-1975).



Fuente: Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Chile.

⁴¹ Gam, Centro de las artes, la cultura y las personas, “Historia”.

La iconografía del poder que sustentaba el entramado ideológico de la dictadura pinochetista también se extendió a ámbitos de la vida diaria. En tal sentido es especialmente sugerente la emisión y la circulación, entre los años 1976 y 1984, de un billete de un valor de \$100 en cuyo anverso aparece el retrato póstumo (1854) que realizó Narciso Desmadryl de Diego Portales; mientras que el reverso es ocupado por la obra *Reunión de notables* de Pedro León Carmona (1836), en la que Portales expone ante miembros de la elite gobernante la situación chilena frente a la Confederación Perú-Boliviana. Cabe destacar que, paradójicamente, esa obra desapareció de las dependencias del Ministerio del Interior durante el golpe de Estado de 1973.

Figura 2: Billeto de cien pesos con la figura de Diego Portales.



Fuente: Banco Central de Chile.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

No hay que confundir el orden que plantea Portales, aquel necesario para establecer las bases del Estado que otorgaran estabilidad y viabilidad al proyecto republicano, con aquel asociado a la interrupción de los procesos democráticos y la clausura de las instituciones que emprendió Pinochet en su misión de refundación.

Aunque los proyectos de Portales y Pinochet apalancaron y consolidaron al capital, el primero apeló a que la virtud debe imperar en aquellos que conducen los destinos del país; el segundo, no. Pinochet usó y abusó de la figura de Portales para brindar continuidad histórica y sustento ideológico a un régimen que puso su énfasis en los principios de orden, jerarquía y subordinación.

Esa imposición significó no solo la adopción de un modelo económico, sino también la construcción de un nuevo tipo de sociedad. Eso involucró la desarticulación política y la transformación de sus ciudadanos en consumidores. La clase política que heredó ese modelo no lo revirtió, dedicándose a administrar las cifras y la ilusión que el sistema prometió a la sociedad, alimentando la desconfianza hacia las autoridades e, incluso, levantando sospechas respecto la idoneidad del sistema democrático.

Hoy la paciencia se acabó, el agotamiento del modelo y la frustración que generó se manifestaron de forma inorgánica y, en parte importante, anómica, generando un galopante vacío de poder que pone en riesgo la gobernabilidad, debilitando al Estado, las normas y las instituciones sobre las que se cimientan los valores y la convivencia democrática. La aparición de soluciones improvisadas y subjetivas que no respetan las leyes y la diversidad de miradas puede, finalmente, terminar atentando contra la frágil democracia nacional. Más cuando, como nos recuerda la historia, las fuerzas de la tradición –las que conjugan Estado-nación por la fuerza, aquellas que confunden el orden con la subordinación, las propensas al autoritarismo y el castigo, esas que desconfían de la sociedad civil– al verse desbordadas, reaccionan restableciendo un orden funcional para proyectos que no representan los intereses de la mayoría.

¿Cuál es el Chile que queremos para el siglo XXI? Esa pregunta representa la oportunidad de elaborar un proyecto político capaz de revertir las lógicas existenciales neoliberales que hoy permean el cuerpo social transversalmente y que ponen en riesgo que los derechos y las libertades continúen avanzando.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Araya, Alejandra. 1999. Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
- Alvarado, Matías. 2018. El acto de Chacarillas de 1977. A 40 años de un ritual decisivo para la dictadura cívico-militar chilena, Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En línea] (2018), <http://journals.openedition.org/nuevomundo/71900> (consultada el 7 de noviembre de 2019).
- Arellano, Juan Carlos. 2011. La invención del mito de Diego de Portales: La muerte y el rito fúnebre en la tradición republicana chilena. *Atenea* 503 (I semestre): 147-163.
- Bengoa, José. 1996. La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: Los desafíos de la modernización en Chile. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Brangier, Víctor. 2012. ¿Bandidaje o antagonismos interpersonales?: Usos sociales de la administración local de justicia criminal en Chile. El caso de Linares, 1804-1871, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 16 (1): 51-80.
- Carreño, Fernando. 2016. La dictadura de Pinochet como proceso estético-político y su devenir democrático. *Revista Enfoques* 24 (vol. XIV): 253-266.
- Cavieres, Eduardo y René Salinas. 1991. Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional. Valparaíso: Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso
- Cavieres, Eduardo. 1990. Aspectos materiales y sentimentales de la familia tradicional colonial. Aproximaciones a su estudio. En *Familia, matrimonio y mestizaje en Chile colonial*, 51-73. Santiago de Chile: Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

- Contador, Ana María. 1998. Los Pincheira: un caso de bandidaje social, Chile 1817-1832. Santiago de Chile: Bravo y Allende editores.
- Errázuriz, Luis Hernán. 2009. Dictadura militar en Chile. Antecedentes del golpe estético-cultural. *Latin American Research Review* 2 (vol. 44): 136-157.
- Fernández, Marco. 2009. 'La mano del plebeyo levantada, es la montaña que se despeña'. La conceptualización del pueblo en tiempos de transformación. Chile, 1970-1850. *Historia* 42 (enero-junio): 109-139
- Grez, Sergio, recop. 1997. La 'cuestión social' en Chile, ideas y debates precursores (1804-1902). Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Illanes, María Angélica. 1990. "Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817 – 1850)". *Proposiciones* 19: 90-122.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 1990. "Liberalismo y modernidad. Ideología y simbolismo en Chile decimonónico: Un marco teórico". En *La revolución francesa y Chile*, 303-333. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- _____. 1992. *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*. Santiago de Chile: Editorial Planeta.
- _____. 1998. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago de Chile: Editorial Planeta.
- _____. 1998. *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile: Editorial Planeta.
- León, Leonardo. 2002. Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo chilenos en la Guerra de la Independencia, 1810-1814. *Historia* 35: 251-297.
- Lorca, Mauricio y Fabien van Geert. 2019. Aceptar y legitimar la diversidad cultural. La renovación del guion de la

- exhibición permanente del Museo Histórico Nacional de Chile. En Memoria patrimonio y ciudadanía, 141-166. Valparaíso: Editorial América en Movimiento y Universidad de Playa Ancha.
- Majluf, Natalia. 2015. En busca de José Gil de Castro. Rastros de una (auto)biografía. En José Gil de Castro. Pintor de libertadores, 11-49. Santiago de Chile: Museo Nacional de Bellas Artes.
- Pinto, Jorge. 1996. Ser hombre en el Norte Chico. El testimonio de un historiador. En Diálogos sobre el género masculino en Chile, 83-96. Santiago de Chile: Bravo y Allende editores.
- Pinto, Julio y Verónica Valdivia. 2009. ¿Chilenos todos? La construcción social de la nación, 1810-1840. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Pinto, Julio. 2011. ¿La tendencia de la masa al reposo? El régimen portaliano enfrenta al mundo plebeyo, 1830-1851. Historia 44 (julio-diciembre): 401-442.
- _____. 2015. El orden y el bajo pueblo. Los regímenes de Portales y Rosas frente al mundo popular, 1829-1852. Santiago de Chile: Lom ediciones.
- Salinas, René. 1994. La familia tradicional en Chile: Moralidad y realidad. Siglos XVI a XIX. Propositiones 24: 272-279.
- Salazar, Gabriel. 1990. Ser niño huacho en la historia de Chile (siglo XIX). Propositiones 19: 55-83.
- Salinas, René y Manuel Delgado. 1990. Los hijos del vicio y del pecado. La mortalidad de los niños abandonados (1750 - 1930). Propositiones 19: 44-54.
- Valdivia, Verónica. 2010. Construction du pouvoir et régime militaire sous Augusto Pinochet. Vingtième Siècle. Revue d'histoire 105 (janvier-mars): 93-107.